

vd. que á nadie se le alquile esa habitación, porque desde ahora corre de mi cuenta.

—Está muy bien.

—Ahora, si tiene vd. la bondad de abrirme la puerta de la calle....

—Con mucho gusto.

La casera salió á abrir: el doctor la siguió: la pobre mujer que yacía reclinada sobre el colchon, volvió á estremecerse, y exclamó.

—¡El es.....! ¡No me cabe duda.....!

CAPITULO XI.

Lo que pasó en el jardín.

Volvamos ahora al jardín de D. Emilio.

Al tiro disparado por el que habia estado observando sobre la tapia, se oyeron dos exclamaciones, la una de un hombre que cayó al suelo envuelto en su sangre, y la de la desventurada Clotilde que perdió el sentido.

Uno de los que quedaban en pié, temiendo, sin duda, que acudiesen los criados de la casa á la explosion de la pistola, corrió sin detenerse hácia la escala de cuerda, su bió apresuradamente por ella, y saltando á la calle, desapareció entre las sombras.

El otro, en vez de huir, se dirigió á donde estaba desmayada. Clotilde, y la cojió en sus brazos, al mismo tiempo que Inés, alarmada con la detonacion del arma mortífera, salia de la glorietta, y corria desolada al sitio de la sangrienta escena.

El hombre que habia disparado, al ver caer en tierra al que habia apuntado, bajó, antes de dar tiempo á que le viesen, por la escalera del sereno que habia arrimado á la pared, la llevó al sitio de donde la habia cogido, y se detuvo oculto detras de ella como en espera de alguno.

—Póngase vd. en salvo:—gritó Inés al acercarse, dirijiéndose al que estaba con Clotilde:—Huya vd., por Dios, que ya están en movimiento todos los de la casa.

Y en efecto era así. Varios criados, provistos de hachas de brea, aparecieron en el balcon del jardin, precedidos de D. Emilio, que avanzaba con una espada en la mano.

El hombre, sin detenerse mas, corrió hacia la puerta, quitó el cerrojo, y salió á la calle, diciendo con afligido acento:

—Prudente es el no aguardar.

El que habia hecho fuego, y estaba oculto detras de la escalera, respondió presentándose:

—Donde se llega á lograr
promesas de eterno amor
y la muerte de un traidor,
prudente es el no aguardar.

—¡Qué oigo....! ¡Nuñez....!

Dijo el que salia deteniéndose asombrado.

—El mismo, querido Leopoldo.

—¡Luego ese tiro....?

—Ha sido disparado por mí que, sabiendo que tenia vd. esta cita, y temiendo á sus enemigos, le he venido siguiendo.

—¡Ah....! Vd. es siempre mi salvador.

—Y el verdugo de Duval, á quien apunté, y que espero que en este momento esté dando cuenta á Dios de sus buenas obras. Pero marchemos á casa, que permanecer aquí seria una imprudencia.

—Tiene vd. razon: apresuremos el paso.

Y los dos amigos, contento el uno con haber purgado la tierra de un malvado, y satisfecho el otro con los irrevocables ju-

ramentos de su amada, se perdieron de vista á poco entre las espesas sombras que velaban la ciudad entera.

Durante este tiempo, D. Emilio, asustado de no hallar en su cuarto á su hermana y ver la puerta del balcon abierta, habia bajado al jardín seguido de sus criados y ciego de ira y de despecho.

—Registrad por todas partes.

Exclamó con ronco acento; y mientras todos, tomando distintos rumbos, recorrian el jardín, él, acompañado de un sirviente, se encaminó hácia la puerta con el corazón inquieto, recelando de la conducta de Inés.

Preocupado con la idea de su deshonra, que se habia fijado en su mente de una manera firme, marchaba sin que su vista se pudiese detener en ningun objeto.

De repente tropezó con un cuerpo que estaba tendido en el suelo.

—¡Aquí hay un hombre muerto....!— exclamó:—traigan luces.

Los criados acudieron en el instante; acercaron las hachas al rostro del ensan-

grentado cuerpo; Landeta fijó los ojos en él, y exclamó asombrado.

—¡Cielos, Duval....!

Al resplandor de las luces y al escuchar aquel nombre pronunciado en alta voz, el que estaba nadando en su sangre, pareció volver á la vida, abrió sus moribundos ojos, y moviendo con trabajo sus blancos labios, pronunció con desfallecida voz, fijando la vista en D. Emilio.

—¡Ah....! ¿es vd., amigo mio....? el cielo le envia á vd. en mi auxilio.

—Ayudadme á levantarle del suelo:—dijo Landeta á sus criados:—y vaya uno en el instante por el médico que mas próximo viva, mientras le conducimos á casa.

Uno de los criados partió en el acto á cumplir con las órdenes dadas.

—¡Gracias amigo mio....! ¡gracias....!

Dijo Duval con trabajoso acento.

—¡Pero ¿qué ha sucedido....?—Preguntó Landeta.—¿Cómo le encuentro á vd. aquí y en este estado....?

—Nada hay mas sencillo:—contestó Duval haciendo pausas para poder continuar:—

La amistad.... el amor.... el celo por la honra de vd. me han causado esta herida....

—¿El celo por mi honra...? ¡Acabe vd., por Dios....!

—Sí; ví en peligro su honor.... acudí á salvarlo.... y un infame me hirió de muerte. Clotilde....

—¡Ah....! ¡continúe vd....! ¡Clotilde...! ¿qué....?

—Clotilde y Leopoldo trataban de huir juntos esta noche mientras todos descansaban....

—¡Oh....! lo sospechaba. Pero ¿y mi hermana....?

—Estaba interesada en protegerles.

—¡Ella....! ¡también ella...! ¡Todos me engañaban....!—Exclamó D. Emilio rechinando los dientes.—Pero ¿dónde están, dónde....? ¿Han huido....?

—El, sí.

—¿Pero ellas....?

—No.... están cerca de aquí....

—¿En dónde....?

—¡Allí....!

Y Duval indicó el sitio señalando con la mano.

Landeta dirigió la vista al punto que indicaba, y vió muy próximo á él, pero á un lado de la vereda, á Inés afligida y silenciosa, prestando toda clase de auxilios á la desdichada Clotilde que yacía en profundo desmayo. Ciego de ira y de enojo corrió hácia ellas, arrojó lejos de sí á su hermana, y sacudió el cuerpo de Clotilde.

Esta volvió en sí á aquel brusco sacudimiento: abrió poco á poco sus hermosos ojos, y preguntó con tímida y dulce voz.

—¡Inés....! ¡amiga mía...! ¿dónde estoy...?

—¡En los brazos de un padre desesperado!—Gritó furioso Landeta:—¡de un hombre cuya felicidad has destruido para siempre....!

—¿Es vd....? ¡mi protector....!—Dijo Clotilde como si saliese de un sueño, y sin traer á la memoria nada de lo que había pasado:—¿Qué ha sucedido, pues....? ¿Quién me ha traído á este sitio....?

—¿Quién....?—contestó iracundo Landeta:—¡Tu liviandad....!

A estas palabras pareció la infeliz que recobraba su memoria; miró alrededor de sí; dió un grito de terror, y se echó á los piés de su protector exclamando con doloroso acento.

—¡Perdon, perdon, padre mio...! ¡soy inocente.... tan inocente como él....! ¡Pero dónde está....? ¡dónde está Leopoldo....?

Y la infeliz estrechaba con afán las rodillas de su protector.

—Te prohibo que vuelvas á pronunciar nunca ese nombre.

—¡Bien, bien... ya no le volveré á pronunciar....! ¡Pero respóndame vd., por Dios....! ¡Respóndame vd....! ¡vive?

—Sí.... vive; pero nunca serás de él.

Respondió D. Emilio con firme resolución.

—¡Oh!.... ¡vive!.... ¡Gracias, Dios mio!....

—Ahora, jóven imprudente:—dijo Landeta agarrándola de la mano y llevándola al sitio en que estaba el herido—mira tu obra.... ¡mira las consecuencias de tu liviandad!....

—¡Duval!....

Exclamó aterrada Clotilde.

—Sí.... hermosa mia....—Contestó el herido con acento débil:—el hombre que ama á vd. con todo su corazón y que muere contento por vd.

—Ahora, Clotilde—dijo D. Emilio desarugando el entrecejo y dando á su fisonomía y á su voz toda la dulzura de un hombre que trata de persuadir—júrame, si no anhelas mi desgracia, que olvidarás para siempre á Leopoldo, á ese hombre que ha intentado robarme lo que mas amo en el mundo.

—¡Ah!.... ¡padre mio....! ¡qué es lo que exige vd. de mí?....

Exclamó la jóven afligida, llenándosele los ojos de lágrimas y juntando las manos como un pecador suplicante.

—¡Júralo, hija mia....! ¡júralo delante de Dios que nos oye!....

—¡Oh!.... ¡no puedo, padre mio....! ¡no puedo!....

—¿Quién se opone?

—El cielo y yo.

Exclamó la hermosa Inés que habia per-

manecido en silencio viendo padecer á su inocente protegida y reprimiendo sus generosos sentimientos.

—¡Tú!

Dijo asombrado D. Emilio mirándole fijamente.

Duval se estremeció.

—Sí, hermano mio; yo que tengo tanto derecho como tú á su felicidad; yo que conozco los nobles sentimientos de su corazón y su virtud, y que no puedo consentir en que se la sacrifique á un hombre que nunca puede amar.

—A un hombre que le ha salvado de la deshonra.

—Es una calumnia.

—No, Inés; es la realidad: iba á huir con Leopoldo—exclamó Landeta:—¡Nos iba á cubrir de infamia y de baldon!....

—¡Ah! no lo creas, hermano mio; tú, cuya alma es tan tierna y generosa, es imposible que des acogida á esa acusacion que hiere de muerte el buen nombre de nuestra hija!... No; tú no puedes dar crédito á esa impostura, cuando ves que yo he venido acom-

pañando á la que nunca se ha separado un ápice del círculo de sus sagrados deberes.

Clotilde estrechó la mano de su protectora para mostrarle su reconocimiento.

—Es que á ti tambien se te acusa.

—¡A mí!....

Exclamó asombrada Inés.

—Sí.

—¿Y de qué?

—De ser su cómplice.

Inés levantó la cabeza con dignidad y dirigió á su hermano una mirada de reconvencion.

—Mi conducta—dijo con notable entereza,—me pone al abrigo de la calumnia; y tú, hermano mio, que no te has separado nunca de mi lado, tú que en tanto aprecias el honroso apellido que heredamos de nuestro padre, no puedes creer que haya en la familia un sér tan indigno que lo haya mancillado.

Don Emilio abrigaba nobles y elevados sentimientos: amaba á su hermana entrañablemente: habia tenido en su virtud una ciega confianza y nunca se habia atrevido á

dudar de ella. Sin embargo, en aquel momento, habia apariencias que la condenaban y que casi equivalian á una prueba. La fama pública de su virtud la defendia; pero la voz de un moribundo la acusaba. D. Emilio fluctuaba, pues, entre estos dos encontrados extremos.

La hermosa Inés leyó lo que pasaba en el corazon de su hermano, y agregó tomándole una mano y con el acento de la inocencia.

—¡Te han engañado, Emilio; te han engañado!.... Han conocido la delicadeza de tu alma, y te han sorprendido.

—¡Pluguiese al cielo!...—Exclamó Landeta con voz conmovida.—Pero....

Y se detuvo sin atreverse á continuar.

—¡En dónde está nuestro acusador?

Exclamó Inés.

—Míralo.—Contestó D. Emilio señalando al herido:—¡a las puertas de la muerte no se puede mentir!....

—¡Al menos es un crimen, porque es el suicidio del alma...!—Replicó la hermosa:—Pero si ese crimen no se consuma; si ese suicidio no se verifica; si el hombre que nos

ha acusado en un momento irreflexivo de ira y de despecho, confiesa en este de separacion de los bienes de la tierra, nuestra inocencia y su error, ¿prometes no oponerte á la felicidad de Clotilde?

—Lo prometo.

Duval se estremeció.

—¿Prometes consentir en su union con el jóven que ama, tan pronto como quede probado que fué injusta la acusacion que contra la honra del padre de Leopoldo existe?

—Lo prometo solemnemente.

Exclamó D. Emilio deseando con todas veras el triunfo de aquellos dos seres en quienes hasta entonces habia cifrado su ventura.

Clotilde, agradecida, llevó á sus labios la mano de su protector, que conmovido la estrechó contra su pecho.

Inés, confiando en la buena causa que defendia y en la proteccion del cielo, se adelantó resueltamente al herido.

Este volvió á estremecerse, y pareció tomar una resolucion.

Aquel era un momento supremo.

Se iba á resolver del porvenir de Clotilde, de su amor, de su dicha entera.

La jóven estaba pálida y su corazón palpitaba con fuerza queriéndosele salir del pecho.

—Señor Duval:—dijo con solemne voz Inés, inclinándose al herido:—¿puede vd. sostener á los umbrales del sepulcro, cuando quizá Dios va á juzgarle á vd. dentro de breves instantes, la ofensiva acusacion fulminada contra la honradez de Clotilde y mi buen nombre.....?

Duval se puso cadavérico: sus facciones se contrajeron de una manera espantosa, como si sostuviese una lucha terrible entre el temor del castigo eterno y el de renunciar á la esperanza de sus mundanos deseos. Pero sostenido, sin duda, por el génio del mal, que presidia todas sus acciones, ó no creyendo acaso que aquel era el último instante de su vida, miró con ojos iracundos á Inés, y haciendo un violento esfuerzo para hablar, contestó:

—Sostengo y juro ante ese Dios, á cuya presencia apareceré dentro de un momento, que es cierta mi acusacion.

Clotilde exhaló un gemido profundo, y se cubrió el rostro con las manos horrorizada.

Inés quedó sorprendida y aterrada al escuchar aquel juramento impío.

Duval se estremeció por tercera vez y quedó sin sentido.

Y Landeta, no dudando ya de la indigna conducta de aquellas dos desgraciadas mujeres, que no tenian fuerzas para responder, exclamó exaltado por la ira de su honor ofendido, y arrojando lejos de sí á Clotilde.

—¡Ah.....! ¡me habeis engañado vilmente.....! ¡Ha muerto acusándote.....! ¡Nunca serás de Leopoldo.....